



EL FUNERAL

Autor: Nicolás Flamel

- febrero 2006 -

EL FUNERAL

1º PARTE

La campiña se viste de otoño, las hojas riegan el frío prado, la escasa compañía de los que le conocían deambulan lenta, pausadamente agrupándose en torno al centro de un féretro inexistente. El cuerpo yacía desde tiempo en el *Vitriol* de la tierra madre. Ariadna, dolida acarrea su presencia esperando despedir a su bien amado amigo.

Su acongojado andar la encamina hacia el grupo de hombres - que - en torno del irreal cuerpo meditan. Sus rostros fríos, serios, tranquilos no demuestran ni el más mínimo sentimiento aparente. El sonar de las arboledas irrumpe el quieto silencio de ese momento, justo cuando... La irrupción de ella, ante los hermanos de la Orden de la Estrella de Cinco Puntas, así el hermético círculo es abierto, la femenina presencia despierta las miradas sordas, ella presiente no ser bien acogida. Desgarrada por su pesar y casi murmurando para no ser indiscreta, pregunta ¿dónde yace?... Sus nublados ojos tratan de escudriñar el lugar en busca de respuesta, la negativa es clara manifestación.

Desde un imperceptible ángulo y en acompasado andar emerge un hombre de riguroso negro, sus blancos guantes resaltan con fuerza, al igual que el escaso cabello que cae reposando sobre sus hombros, la blanca barba perfectamente simétrica deja distinguir la negra corbata *esmoquin*, el *delantalillo* ajustado a su estómago en forma de pentágono, también de riguroso blanco ahuesado. Así llega él a Ariadna y sin palabra alguna indica que le siga. Él, cinco pasos delante, ella silenciosamente, le sigue en su vía crucis.

Luego del acompasado andar, casi cegada por el sentimiento, descubre que su caminar ha sido en círculo, mientras los hombres la observan, su desesperación por encontrar los restos despojados de su amigo, parecen infructuosos.

El piso, a esa hora ya se encuentra teñido de melancólico amarillo, las hojas despojadas de sus árboles caen lentamente zigzagueando como evitando reconocer la torpeza de caer.

La voz fría y pausada de uno de ellos, irrumpe los agitados pensamientos de Ariadna.

- ¿Quién osa interrumpir nuestros trabajos?

Las miradas del conjunto de hombres apuntan a los ojos temerosos de la femenina silueta. La voz algo trémula apenas -casi- imperceptible exclama.

- Ariadna...

Una voz repite al unísono...

- ¡dice llamarse así!

Luego del inoportuno silencio, desde el norte muy cerca de un añejado ciprés, se oye...

- ¿Que deseáis aquí?

La robusta voz algo *abarratada* del hombre, sobresalta la figura cristalina de la joven.

Lentamente, la delgada mano de muchacha posa su sien, retira un suave mechón pálido, que atasca una esquiva lágrima -así- como pidiendo un inoportuno permiso, exclama:

- ¡Deseo ver los restos marchitos de mi hermano!

Ahora desde el extremo sur, ahí refugiado en la oscura sombra de un castaño, otro hermano, increpa.

- ¿Para qué queréis veros?.

- Quisiera... besarle, abrazarle, despedirle.

Luego de un amargo trago de desdicha, que se atasca en su garganta, prosigue.

- Y recibir su legado testamentario... algo que tendría valor sólo para mí. Sintiendo como si le fueran a interrumpir agrega: - Sí, su valor es simbólico.

Las miradas se entrecruzan dejando al desnudo la extrañeza que a causado tal confesión.

Algunos intercambian palabras al oído, uno deja ver su desconcierto, levantando la ceja que deja ver más grande la orbita de sus ojos. El excéntrico acompañante de Ariadna, que

se encuentra a escasos metros, le indica con resoluta solemnidad. Su voz fluye pausada y tranquila.

- Él ya no se encuentra entre nosotros, la forma que le conocían ya no se le conoce... la forma que le conocen no la conocemos.

La delgada silueta, con mayor desconcierto, tratando de hilar pensamiento, ante las insólitas respuestas.

- Pero y su cuerpo, y... ¿dónde descansa?.

- Sólo queda el recuerdo..., la barba blanca manifiesta.

En un onírico coro la asamblea repite.

- Recuerdo, recuerdo nada más.

La tristeza y amargura copa el pequeño ser de Ariadna, la misión inconclusa taladra la conciencia y la resignación no se resigna. Los pasos tornan lentamente y así la frágil figura encamina por nuevos senderos, el tibio sol de la tarde apenas se anima a iluminar.

2º PARTE

El tiempo recorre de manera distinta, así como en una extraña película surrealista, pero sin la presencia de música. Los cuadros de la escena se van lentamente modificando... pronto la campiña deja paso a la sequedad árida de la montaña, los espinos chatos, la roca fatigada por el constante rugir del tiempo -así- como al tañer del precipitado océano. La altura deja escapar el vital gas enrareciendo la atmósfera, los pulmones ya fatigados de inspirar y espirar, causan el notorio cansancio que envuelve al delicado cuerpo de Ariadna. Sus pies recorren cortos pasos, y así no mucho más la boca oscura de caliza le indica la entrada a la extraña cámara de reflexión. Experimentando, quizás como Jesús frente a la tumba de Lázaro su llamado de su propia gloria, la voz que remece también su alma. La suave pendiente le indica el descenso al mismísimo infierno griego, la luz no escapa, emana suave desde las profundidades. Lentamente la humedad y la mayor temperatura se aferran a la epidermis de Ariadna, la soledad es su única compañera. Su sombra rehúsa acompañarla, mientras el descenso y la pendiente es cada vez más aguda.

El piso terroso deja mostrar suaves peldaños que indican claramente por donde. Viejos y añosos elementos aparecen dejados en el suelo abovedado, así escuadras de distintas dimensiones y materiales parecen ser escupidas y esculpidas por las entrañas de la mismísima tierra, algunas de bronce, otras de cobre y otras de piedra, rústica y rudimentaria. Pronto la montaña ensancha, y así deja mostrar su intimidad celosamente atesorada.

La luz ya no es tan tenue, y las murallas cilíndricas se abren hasta no poder divisar límite alguno, el infinito se había querido mostrar. Ariadna pronto llena su ser de regocijo, sus ojos ven el féretro que acompañará los restos de su amigo, *ad eternum*.

Dos columnas reposan, erguidas -inmutables- como celosas guardianes lentamente, ella traspasa el imaginario pórtico. Entre columnas, la figura de Ariadna parece transfigurarse, su pie izquierdo primero toma la iniciativa, luego le sigue el otro, abruptamente una sombra irrumpe en pleno, de oscuro a claro, es uno de los hermanos de la Orden de la Estrella. El temor hace calar con un eléctrico sudor la columna de la devota, sus rodillas parecen no querer sostenerla, la inesperada aparición ha motivado sus temores. De porte discreto y dejando mostrar sus pesados lentes, que afirma constante con su mano, la cabeza algo ladeada hacia el hombro y su cara ovoide, sus pasos recortados y sin pronunciar diálogo alguno -él- la escudriña con su mirada, está vestido de la misma manera que los otros, sólo lo diferencia un collar granate que reposa sobre su pecho, en el se distingue claramente una dorada perpendicular, quizás qué oculto simbolismo difícil de responder en ese instante. Congelada del temor, lentamente él indica con un acallado gesto con su diestra que prosiga en su encomienda.

El silencio es testigo, comprendiendo que el llamado a completar su misterioso viaje se encuentra *ad portas*, con más esfuerzo -ahora- prosigue hacia el encuentro. El cuerpo yace sobre la piedra esculpida, la mortaja, delicadamente doblada, abraza fría la marchita vanidad. Ahí se descubría la muerte, como nunca más llena de vida.

Su corazón parece no querer proseguir frente al desconsuelo de la amistad desgarrada, su dolor crece más y más desbordando su pequeño cuerpo. Su vista en ese instante cae, queriendo no dejarse mostrar en su congoja, sus manos impiden que sus ojos vean, luego de unos minutos, en que el tiempo no

quiere importunar, Ariadna acerca su boca lentamente, como queriendo no despertarlo, las manos maternales rebosan amor, pero como nunca antes, también dolor. Acaricia el rostro del que fuera -y así- une sus labios a la mejilla sin color.

El hermano de la Estrella, perfora el helado suelo con su mirada, de esa manera pretende no interrumpir la intimidad del sagrado tiempo.

Sus pasos delicados y arrastrando todo el dolor que pudiera cargar su frágil cuerpo busca, recordando alguna vez las palabras que le dijera, "si parto primero, te legaré la formula de la verdadera química... esa del alma". Al recorrer su recuerdo exclama, quizás imperturbada frente al extraño guarda templo. El silencio huye.

- ¡Pero dónde!... sus lágrimas estallan.

Luego de unos minutos que la intranquilidad da paso a la resignación, su vista trata de escudriñar, las columnas altaneras que se yerguen, el piso del recinto que alterna simétrica la noche y el día, la bóveda lejanamente alta, quizás la falta de luz, el pesado silencio del recinto. De pronto como si se proyectaran en un recinto, extrañas imágenes se leen por doquier. Escapan símbolos y signos, y ahí cerca de la cabecera de la piedra urna los pasos la encaminan, su andar sin prisa, ya donde la distancia le permite identificar trazos, lee sin pronunciar vocablo. "*Visita Interiore Tërrea Rectificando Invenies Occultum Lapidem*". Las palabras repetidas en su cerebro una y otra vez no permiten aclarar pregunta alguna.

3º PARTE

Ariadna siente que si ha llegado hasta ese punto, no puede ser para volver con sus manos hinchadas sólo de dolor. Casi imaginando los acordes poderosos de un gran órgano de esos de gótica Catedral, la música emerge también junto al recuerdo. Así mágicamente, unas gradas erupcionan desde el mismísimo pavimento, su desconcierto es cada vez mayor, su psiquis está siendo probada al máximo, no se permite tratar de entender o de responder, sólo sigue en su afán, ya habrá oportunidad para comprender si lo vivido, ese momento, fue un sueño o el deseo quizás. Pronto distingue claramente cinco graníticos peldaños, cada cual con un color determinado, concluyendo en

una base, sobre ésta reposa una gran piedra de forma cúbica y sobre ella se muestra reposando una pirámide. Instintivamente sus pies se posan en cada una de las gradas y mientras -esto- sucede, los peldaños que reciben el peso del frágil cuerpo, una clara luz emerge de éstas, así el ascenso llama a proseguir.

Al concluir en la última gradiente, muy próxima a la cara oriente del cubo piramidal, su mano lee cuidadosamente, sin tocar la rara escultura fosilizada, en ese preciso instante del centro rocoso de la piedra rectangular, en un acto que llama a la demencia, aflora un gran recipiente, hermosamente decorado, su brillo perturba, por escasos segundos la visión de Ariadna. Ella sabe, sin saber, que eso es nada menos que el *atanor* de su durmiente amigo. Su forma cilíndrica, compacta, metálica, robusta, los extraños decorados bajo relieve, le indica que ahí se encontraría lo que celosamente aguardaba hasta ese preciso momento, que en comunión de la amistad y el amor, vería transformarse en valioso legado.

Su mano, emocionadamente temblorosa la aproxima, hasta la entrada del mismísimo horno-alquímico, quizás si encontrase la añorada piedra filosofal. Pronto su lectura es algo distinta, los dedos analfabetos recorren lentamente el insólito elemento, su índice acompaña al delgado pulgar, y así suavemente aprisiona la materia. Ya cuando el brazo vuelve a dejar al descubierto su diestra, los ojos se zambullen en lo que parece. Su razón le confirma, un insólito papel-moneda. Una cara muestra tres hermosas rosas, una de color rojo, otra amarilla y la última verde. Ariadna recorre lentamente con sus manos cada pétalo de cada una de ellas, tratando de comprender -empero- la información sigue siendo indescifrable. La cara posterior muestra grabados, signos arábigos, sin guarismo alguno.

Lentamente el hermano, que inmutable parecía no estar presente, sus pasos reverberan en cada andar, las ondas amplificadas por la acústica pétrea del recinto, acusan la cercanía de su presencia, en ese instante Ariadna atesora junto a su pecho, no muy lejos de su corazón la reliquia. Lentamente primero para luego apurar la ascendente marcha. Los pies del extraño vigilante posan cada uno de las cinco gradas, hasta que, la proximidad incomoda el ser de Ariadna. Las manos algo grandes y robustas quieren poseer también el legado relicario; así desconcertada y sin consentir se ve defendiendo, como nunca antes, lo que ciertamente es suyo.

Baja de dos en dos y el último lo salta, la agitación fluye por su sangre, mientras corre y corre, su cara gira observando al pretérito presente, sólo la mirada es la frase de despedida y en el preciso instante en que traspasa las columnas...

A la velocidad del pensamiento Ariadna ya no se encuentra en el vientre de la tierra, su agitación -sólo- persiste, tampoco le rodea la sequedad árida de la montaña. Ahora otra vez la visión es distinta, como si la imaginación le hubiere preparado una nueva y mejor escenografía.

4º PARTE

La fresca humedad de la tierra bañada por el rocío, emerge elevándose hasta los sentidos, los mil tonos de verde deambulan como pequeña serenata nocturna, el verde oscuro de los pinos -que- se entremezclan con el claro del prado, sobre la campiña Ariadna siente como vive la naturaleza, la armonía que emana de ella es también parte de su ser, como nunca antes llena su existencia de dicha y paz.

Sobre el claro sus ojos, que impulsando los párpados quieren atraparlo todo, ahí esta el último refugio que abrigó a su hermano. La casa sin puerta, sin ventana, sin pared, sin techo, ni piso... sólo la naturaleza le servía de refugio. La mesa con dos asientos, aún aguardando los dos cubiertos que esperan. Las dos tazas melancólicas también. Entre los helechos se divisan las dos camas, en perfecta soledad.

Los grandes cúmulos a lo lejos abrigan los rayos de Inti, los pies fatigados del día, buscan reposar sobre la cobija sombría del viejo abedul. Así su liviano cuerpo posa la delicada manta de sabia marchita, en la tranquilidad del descanso, sus dedos demandan reencontrarse con el atesorado legado, mientras el sueño despierta pesadamente sobre sus profundos verdes ojos.

El vuelo de Morfeo la eleva, así más y más, pronto se descorre el velo de Isis. Entre nebulosas la etérea imagen de un hombre se dibuja claramente, la luz también. Desde ese instante Ariadna se ve y luce más radiante aún, sus delgados cabellos destellan oro, el halo misterioso abrillanta todo su contorno, lentamente y sin esfuerzo alguno sus manos -a dúo- se estiran como arrullando, tocando el rostro de aquel

hombre. En ese instante le resulta dificultoso identificarle pero luego... ¡es nada menos que su amigo! Los pensamientos - aglutinados- chocan queriendo ordenarse, pero no. Sin verbalizar, luego de unos segundos él dice, ella escucha sin escuchar.

- Fiel amiga, amor de mujer, luz de vida; has visto más que nadie y tu congoja sigue cargada, pesadamente sobre tu sombra.

Los sentimientos la tiñen de dolor y felicidad, una lágrima dulce resbala perdiéndose en el extenso sueño. Él prosigue...

- El presente es tu futuro, las rosas brillan hermosas por ti, aunque la belleza de tu ser opaca cualquier manifestación.

Intentando con toda la fuerza de su alma, trata infructuosamente de querer responder, mientras más es el esfuerzo, menos su capacidad. Pronto la ausencia de palabra da cabida a la idea pura, resonando potente en su cerebro.

Parecía un lenguaje re inventado, sin necesidad de vocablo alguno. El fluir de las ideas se presenta.

- Que me abandonaras dejó un profundo dolor en mi ser, la carencia de tu amistad, tantas cosas que no pude decir... ¿por qué?. Los hermanos de la orden impidieron verte, me negaron la despedida. Luego de una pausa.

- No estoy segura si te imagino, si te sueño o si es real todo.

- Siempre fuiste un delicado pétalo, extremadamente sensible, eso es lo que más me agrada de ti -Ariadna- mi dulce hermana... lo más importante es que descifres tu propio camino por el que debes transitar.

- Las rosas: ella responde y prosigue - sus colores amarillo, rojo y verde y además del simbolismo del objeto y del número.

Como si la luz del lugar la hubiera llenado de perceptiva intuición, continúa.

- Pero, ¿por qué los hermanos actuaron así conmigo? Y el extraño inscrito en la piedra... además las rosas, es un

claro símbolo alquímico -, dándose un breve lapso, continúa.
- Representarían el azufre, el mercurio y la sal... pero el concepto numerológico... la dualidad, el ternario.

Y así prosigue.

- Los hermanos de la orden, ¿porque no me dejaron despedirme?

- Ariadna, tantas respuestas que posees... mi amada amiga, hay preguntas que vale hacerlas, no así responderlas. Cuando las herramientas no son las adecuadas, fuerzas respuestas inadecuadas. ¿Por qué tendrías que despedirme? Si no he muerto.

Los labios, llenos de vida de Ariadna quieren despegarse, en ese mismo instante, el tibio índice de su amigo, posa la boca de la delicada mujer, para luego lentamente su sombra eclipsar el rostro femenino, un beso traspasa la existencia de ambos, así se sella el futuro.

*
* *

Nicolás Flamel